
SEMANARIO
DE ZARAGOZA

DEL LÚNES 19 DE FEBRERO

de 1798.

HISTORIA DE ARAGON.

EStas fueron las Leyes en que los Sobraren-
ses fundaron los principios de su libertad, y de *A. de C.*
los Fueros, y Privilegios de que querían disfrutar en
lo sucesivo; y asi hecha en esta forma la eleccion *867*
del Rey Iñigo Arista procuraron desde luego que
lexos de perder estas nada de su poder, adquiriesen
todo el vigor, y fuerza necesaria para que en lo suc-
cesivo subsistiesen; y que asi como ellos en virtud
de este Fuero habian elegido por su Rey á Iñigo
Arista, eligiesen sus sucesores de la misma manera,
y baxo los mismos inviolables pactos, y condiciones
á quantos en lo venidero ocupasen el mismo Trono.

En el discurso de esta Historia tendremos á cada
paso ocasion de vér el teson, y empeño con que
los Aragoneses se esforzaron constantemente en defen-
der estas Leyes; y como en virtud del zelo que siem-
pre manifestaron en la conservacion de ellas, lograron
mantenerlas en toda su fuerza y vigor por mas de ocho



siglos durante los que persistió floreciente esta Monarquía, nacida de tan pequeños, pero sábios, y firmes principios.

867 Sería fácil recorrer aquí todos los hechos, que nos han conservado nuestros Historiadores, y que manifiestan clara, é indubitavelmente la conservacion de este Fuero; pero á demas de que no podrémos prescindir de ellos en su lugar, sería molesta la relacion que de ellos hiciéramos en éste, y así omitiéndolos por ahora referirémos tan solamente los que juzguémos sean necesarios para dar una noticia exácta de esta Legislacion.

Con este obgeto despues de manifestar brevemente lo que ocurrió en Aragon en distintos tiempos sobre la Potestad Legislativa, y el Juramento Real, que son los dos puntos fundamentales del Fuero de Sobrarbe, hablaremos de la autoridad del Juez Medio, ó Justicia de Aragon, y finalmente trataremos del Derecho Feudal principio, y origen de este Fuero, así como de todas las Legislaciones conocidas.

En esta parte nos detendremos en averiguar si se debe creer que el Fuero de Sobrarbe contenia mas Leyes que las cinco que nos han conservado nuestros Historiadores, y que hemos yá referido; ó si solamente comprendia éstas, y en tal caso quales podrían ser las Leyes, tanto civiles, como criminales con que se regian en la administracion de Justicia.

Se continuará.



BELLAS LETRAS.

SEÑOR EDITOR.

Muy Señor mio: Habiendo visto en algunos Autores que tratan de las composiciones teatrales, que el medio de producir en el Auditorio el deleyte, y encanto de que son capaces los Dramas, es el de causar la ilusion de los Espectadores: me ha parecido exponer á V. algunas reflexiones que me inclinan á la opinion contraria, con el fin de mover á V. ú á otro literato á tratar con alguna extension este punto, capaz sin duda, de las mas agudas reflexiones de una delicada filosofia.

Éllo es cierto, que si la ilusion fuese fin del Poéta en la representacion de un hecho, era consiguiente que tanto mayor deleyte causára, quanto mas completa fuese la ilusion; y que entónces habria conseguido el triunfo de su arte quando de tal manera suspendiese, y arrebatase el ánimo de los Espectadores, que como trasladados á aquel lugar, y tiempo en que la accion fué executada, tubiésen por realidad lo que solo era representacion, manteniéndose en este engaño hasta el fin de la Escena.

Pero yo estoy tan distante de pensar, que este sistema se apoye en un fundamento sólido, que ántes bien lo juzgo destructivo del deleyte de esta especie de Poesía; y que lejos de procurar el Autor la ilusion de quien vé representar su Drama, debe rigurosamente evitarla, manifestando (bien que de un modo ingenioso) que aquello que se vé no pasa en realidad, sino que es solamente una imitacion de un hecho que sucedió, ó pudo suceder.

Se hace esto palpable observando, que un Drama siendo imitacion de la naturaleza está sugeto á las leyes de las demas artes imitadoras, cuyo fin es representar, ó imitar los obgetos fisicos ó morales, haciéndolos agradables; esto es, quitando aquellas particularidades, que los pueden hacer desapacibles, y presentándolos bajo aquel aspecto mas ápto, y proporcionado para producir el deleyte: Qué esta imitacion no es una perfecta semejanza de todas las calidades, que asisten al obgeto que se representa, sino de aquellas que puede expresar el instrumento de que se vale: y por último, que lo que pretende el imitador, no es el que su obra se confunda, y equivoque con el original (que es propio del Copiante,) si no mostrar la maestría de su arte, que así su- po imitar á su original en aquellas circunstancias de que es capaz la flexibilidad de su instrumento.

Á estos principios es tan opuesta la opinion de que el Poéta debe tener por blanco el engaño, y la ilusion; como sería decir, que un Leon no está bien pintado sino hace huir como el de las Selvas. No hay duda que los mismos acaecimientos, que quando sucedieron nos moverían al espanto, al horror, al desagrado, nos son deleytables, y gustosos quando los vemos representados por el arte. Nadie por exemplo dotado de un corazon sensible tendría valor para presenciarse voluntariamente lo que nos representa Sóphocles en su *He-cuba*. Quién tendría ojos para mirar aquella infeliz, y desastrosa Reyna, Señora otro tiempo de los Príncipes del Asia, derribada de la mas alta cúbmbre del poder y magestad hasta el profundo de la servidumbre, y abatimiento, privada de su numerosa familia, invocar la clemencia de los Dioses al tiempo que de sus brazos arrancaban su hermosísima hija Policena, para ofrecerla á los Manes del impla-

cable Aquiles? Quién alargaría sus oídos á la relacion de su Sacrificio? y que corazon no se dividiria en trozos al vér la Esposa de Priamo, que no bien vuelta de su desmayo descubre entre un tropel de angustias á su tierno hijo Polidoro última reliquia de aquella dilatada prole, degollado á manos del tirano de Tracia?... Con todo, esto mismo que nos horrorizaría mirado en realidad, es un espectáculo el mas agradable representado en las tablas. Digo lo mismo de Julio César terror del Senado, admiracion del Orbe, delicias de sus legiones, cosido á puñaladas por sus falsos Amigos: y de aquel acérrimo defensor de la libertad patriótica el severo Catón muerto por su propia espada, con el dolor de vér su Patria tiranizada.

Supongámos pues, que el Poéta lleve á tal punto la imitacion que enagenados los oyentes, trastornandose sus ideas, y como fuera de sí, se olviden de que aquello es figurado, y se persuadan, que Policena es Policena, Catón es Catón, y no tal, ó tal Cómico que lo representa: yá se convierte en horror lo que era deleyte: yá las lágrimas que corrian mezcladas con el gusto, como quiso Aristóteles, son arrancadas por una compasion dolorosa y fatigante: yá disgusta el espectáculo, y nos hace retirar los ojos por no vér el fin, perdiendo la composicion el mayor mérito que puede realzarla. No tengo duda que en este caso, al presentarse v. g. al Auditorio el cadáver de Julio César, horrorizaría todo el pueblo, como en efecto se horrorizaron los Romanos, quando el sagaz, y eloqüente Marco Antonio lo expuso en el foro á la vista de la multitud.

Por otro capítulo faltaría el deleyte, y es por carecer el Espectador del conocimiento expreso de que lo que vé es imitacion, lo qual es necesario para que una obra del ar-

te se haga agradable. Una rosa por exemplo bien pintada, un grupo que represente á un hombre en tal, ó tal postura, ó actitud, entretiene nuestros ojos con el mas apacible deleyte; pero estos mismos obgetos nos merecerán poco cuidado, si los equivocámos con una rosa producida por la naturaleza, ó con un individuo de la especie humana que se hallase en la misma situacion. Lo propio sucederia en una composicion Dramática si de tal modo nos iludiese, que ya no la tubiéramos por imitacion. Podria á lo mas producir el deleyte, que causa una cosa nueva, y extraordinaria: y aun de aquí se habian de rebajar todos los sucesos horribles, y lastimosos; pero jamas percibiríamos aquel gusto propio de las artes imitadoras nacido yá del conocimiento de la pericia del artífice, que tan felizmente salió con su empresa: yá del ejercicio de la facultad de comparar la copia con el original, que se le ofrece al entendimiento; yá de una oculta lisonja que el hombre se hace considerándose capaz de criar éntes nuevos que suplan para su recreo las faltas de la naturaleza individual: yá reconociendo serenamente en una accion heroyca la actividad de las fuerzas humanas, borrando en algun modo la idea de su flaqueza, y miseria que le es tan molesta; todo lo qual no habria lugar en el punto en que juzgase realidad, lo que era figurado, y fingido. Tendría, no hay duda, aquel interes que es inseparable del hombre en las acciones de sus semejantes: lloraría, pero con dolor: se alegraría mas con perturbacion, y como lo hace; todos los dias pero nunca llegaría á derramarse por su espíritu aquel suavísimo, y placentero deleyte que es propio del Teatro. Y aun es de temer que concluida la representacion se convirtiese en sonrojo aquel ligero deleyte, quedando el hombre corrido de no haber advertido el engaño.

Se concluirá.

POESÍA.

LETRILLA.

¿Qué hará mi dulce dueño
Cielos en este instante?
¿su corazón amante
se acordará de mí?
Ó acaso al duro empeño
De otros sus amadores,
¿les rendirá favores
no viéndome ya allí?
Mas no tirana idea,
que es su amor permanente,
tal vez ella ahora siente
mi mismo cruel dolor.
Y á do nadie la véa
por ausencia tan larga,
flora con pena amarga
de la suerte el rigor.
¡Ó dia desgraciado
aquél, en que mi estrella,
de mi adorada bella
me obligó á separar!
Mi pecho acongojado,
llorando con desvelo,
no puede algun consuelo
desde entónces probar.
Todo se me hace odioso:
huyo hasta los amigos,

y solo son testigos
los cielos de mi mal;
Pero al Cielo piadoso
siempre suplico en vano,
dé fin al mal insano
que no tiene otro igual.

Hay! en vano suspiro,
en vano el pecho late —
¿con tan fiero combate
como podré vivir?

Poco á poco me miro,
qual la flor arrancada
de su planta adorada,
tristemente morir.

Tu cupido amoroso,
un trono refulgente
de nubes has potente,
que trayga aqui á mí amor.

Ó prestame piadoso
tus alas, que al momento
atravesando el viento,
vuele hallá con ardor.

Mas loco pensamiento
á donde así inflamado
re vás enagenado
sin rienda ni razon?

¡Ó Dios! que cruel tormento
la ausencia de mí amante
produce cada instante
en este corazon!

H.